que solamente se dan á predicar á los españoles ya que algun tiempo se hallen consolados mientras que sus predicaciones son regadas con el agua del loor humano; en faltándoles aquel cebillo hállanse mas secos que un palo hasta que se vuelven á Castilla. Y pienso que esto les viene por juicio de Dios, porque los que acá pasan no quiere que se contenten con solo predicar á los españoles que para esto mas aparejo tenian en España, pero quieren tambien que aprovechen á los indios como á mas necesitados, y para quien fueron enviados y llamados, y es verdad que Dios ha castigado por muchas vías á los que aborrecen ó desfavorecen esta gente. Hasta los fraires que destos indios sienten flacamente ó los tienen manera de aborrecimiento los trae Dios desconsolados y están en esta tierra como en tormentos, y hasta la tierra los alanza y echa de sí como á cuerpos muertos y sin provecho, y á esta causa algunos dellos han dicho en España cosas ajenas de la verdad, quizá pensando que era ansí porque acá los tuvo Dios ciegos. Y tambien permite Dios que á los tales los indios los tengan en poco no los recibiendo en sus pueblos, y á veces van á otras partes á buscar los sacramentos porque sienten que no les tienen el amor que seria razon, y ha acontecido viniendo los tales fraires á los pueblos huir los indios dellos, en especial en un pueblo que se llama Ychelatlan, que yendo por allí un fraire de cierta órden que no les ha sido muy favorable en obra ni en palabra, é queriendo bautizar los niños de aquel pueblo, el español á quien estaban encomendados puso mucha diligencia en ayuntar los niños, y toda la otra gente, porque habia mucho tiempo que no habian ido por allí fraires á visitar, y deseaban la venida de algun sacerdote, y como por la mañana fuese el fraire con el español de los aposentos á la iglesia á do la gente estaba ajuntada, y los indios mirasen no se de qué ojo á el fraire, en un instante se alborotan todos y dan á huir cada uno por su parte diciendo, amo, amo; que quiere decir, no, no; que no queremos que este nos bautice á nosotros ni á nuestros hijos, y no bastó el español ni los fraires á poderlos hacer juntar, hasta que despues fueron los que ellos querian, de lo cual no quedó poco maravillado el español que los tenía á cargo, y ansí lo contaba como cosa de admiracion, y aunque este ejemplo haya sido particular, yo lo digo por todos en general los fraires de todas las órdenes que acá pasan. Digo que los que dellos acá no trabajan fielmente, y los que se vuelven á Castilla que les demandará Dios estrechísima cuenta de como emplearon el talento que se les encomendó. Pues qué diré de los españoles seglares que con estos han sido y son tiranos y crueles, que no miran mas de á sus intereses y codicia que los ciega, deseándolos tener por esclavos y de hacerse ricos con sus sudores y trabajo. Muchas veces oí decir que los españoles crueles contra los indios moririan á las manos de los mesmos indios, ó que moririan muertes desastradas, y destos oí nombrar muchos, y despues que yo estoy en esta tierra lo he visto muchas veces por espiriencia y notado en personas que yo conocia é habia reprehendido el tratamiento que los hacian.

CAPITULO III.

De que no se debe alabar ninguno en esta vida, y del mucho trabajo en que se vieron hasta quitar á los indios las muchas mujeres que tenian, y cómo se ha gobernado esta tierra despues que en ella hay audiencia.

Segun el consejo del sabio no deben ser los hombres loados en esta caduca vida de absoluta alabanza, porque aun navegan en este grande y peligroso mar y no saben si hallarán vía para tomar el puerto seguro. Aquel se debe con razon loar que Dios tiene guiado, de manera que está ya puesto en salvamento y allegado á puerto de salvacion, porque al fin se canta la gloria y este es mi intento de no loar á ningun vivo, en particular sino decir loores de la buena vida y ejemplo que los fraires menores en esta tierra han tenido, los cuales obedesciendo á Dios salieron de su tierra dejando á sus parientes y á sus padres, dejando las casas é monesterios en que moraban, que todos están apartados de los pueblos, y muchos en las montañas metidos, ocupados en la oracion y contemplacion con grande astinencia é mayor penitencia, é muchos dellos vinieron con deseo de martirio y lo procuraron mucho tiempo ántes, y habian demandado licencia para ir entre infieles, aunque hasta agora Dios no ha querido que padezcan martirio de sangre, mas trájolos á esta tierra de Canaan para que le

edificasen nuevo altar entre esta gentilidad é infieles, é para que multiplicasen y ensanchasen su santo nombre y fée, como parece en muchos capítulos deste libro de los pueblos é provincias que convertieron é bautizaron en el prencipio de la conversion cuando la multitud venia al bautismo, que eran tantos los que se venian á bautizar, que los sacerdotes batizantes muchas veces les acontecia no poder levantar el jarro con que batizaban por tener el brazo cansado, y aunque remudaban el jarro les cansaban ambos brazos, y de traer el jarro en las manos se les hacian callos y aun llagas. A un fraire aconteció que como hubiese poco que se habia rapado la corona y la barba, batizando en un gran patio á muchos indios, que aun entónces no habia iglesias, y el sol ardia tanto que le quemó toda la cabeza y la cara de tal manera, que mudó los cueros todos de la cabeza é del rostro. En aquel tiempo acontecia á un solo sacerdote batizar en un dia á cuatro y cinco y seis mill en un dia, y en Xuchimilco batizaron en un dia dos sacerdotes mas de quince mill el uno ayudó á tiempos y á tiempos descansó; este batizó á poco mas de cinco mill, y el otro que mantuvo la tela batizó mas de diez mill por cuenta. E porque eran muchos los que buscaban el bautismo, visitaban y batizaban tres y cuatro pueblos, y hacian el oficio muchas veces á el dia, y salian los indios á recebillos y á buscallos por los caminos y dábanles muchas rosas y flores, y algunas veces les daban cacao, que es una bebida que en esta tierra se usa mucho y en especial en tiempo de calor. Este acatamiento é recebimiento que hacen á los fraires, vino de mandarlo el señor marqués del Valle don Hernando Cortés á los indios, porque desde el principio les mandó que tuviesen mucha reverencia y acatamiento á los sacerdotes como ellos solian tener á los ministros de sus ídolos, y tambien hacian entónces recebimientos á los españoles, lo cual ya todos no lo han querido consentir, y han mandado á los indios que no lo hagan, y aun con todo esto en algunas partes no basta.

Despues que los frailes vinieron á esta tierra, dentro de medio año comenzaron á predicar á las veces por intérprete, y otras por escrito; pero despues que comenzaron á hablar la lengua predican muy á menudo los domingos y fiestas, y muchas veces entre semana, y en un dia iban y an-

daban muchas perrochias y pueblos. Dia hay que predican dos y tres veces, y acabado de predicar siempre hay algunos que batizan. Buscaron mil modos y maneras para traer á los indios en conocimiento de un solo Dios verdadero, é para apartallos del error de los ídolos diéronles muchas maneras de dotrina. Al principio para les dar sabor, enseñáronles el *Per signum crucis*, el *Pater noster*, *Ave Maria*, *Credo* y *Salve*, todo cantado de un canto muy llano y gracioso. Sacáronles en su propia lengua de Anabac los mandamientos en metro y los artículos de la fée, y los sacramentos tambien cantados, y aun hoy dia los cantan en muchas partes de la Nueva España; ansimesmo les han predicado en muchas lenguas y sacado dotrinas y sermones. En algunos monesterios se ayuntan dos y tres lenguas diversas, y fraile que predica en tres lenguas, todas diferentes, y ansí van discurriendo y enseñando por muchas partes, adonde nunca fué oida ni recebida la palabra de Dios.

No tuvieron tampoco poco trabajo en quitar y desarraigar á estos naturales la multitud de las mujeres, la cual cosa era de mucha dificultad, porque se les hacia muy dura cosa dejar la antigua costumbre carnal, y cosa que tanto abraza la sensualidad, para lo cual no bastaban fuerzas ni industrias humanas, sino que el Padre de las misericordias les diese su divina gracia porque no mirando á la honra é parentesco que mediante las mujeres con muchos contraian, y gran favor que alcanzaban, tenian con ellas mucha granjería, é quien les tejia y hacia mucha ropa, y eran muy servidos, porque las mujeres principales llevaban consigo otras criadas. Despues de venidos al matrimonio tuvieron muy gran trabajo y muchos escrúpulos hasta darles la verdadera y legítima mujer por los muy árduos y muy nuevos casos, y en gran manera intricados contraimientos que en estas partes se hallan. Habian estos contraido con las hijas de los hombres ó del demonio, de do procedieron jigantes que son los enormes é grandes pecados, y no se contentaban con una mujer, porque un pecado llama y trae á otro pecado, de que se hace la cadena de muchos eslabones de pecados con que el demonio los trae encadenados, mas ahora ya todos resciben el matrimonio y ley de Dios, aunque en algunas provincias aun no han dejado las mancebas y concubinas todas.

El contino y mayor trabajo que con estos indios se pasó fué en las confisiones, porque son tan continuas que todo el año es una cuaresma. A cualquier hora del dia y en cualquier lugar, ansí en las iglesias como en los caminos, y sobre todo con los continuos enfermos, las cuales confesiones son de muy gran trabajo, porque como los agravian las enfermedades y muchos dellos nunca se confesaron, y la caridad demanda ayudallos, y disponer como quien está en artículo *mortis* para que vayan en vía de salvacion, muchos destos son sordos, otros llagados, que cierto los confesores en esta tierra no tienen de ser delicados ni asquerosos para sufrir esta carga. Y muchos dias son tantos los enfermos que los confesores están como Josué, rogando á Dios que detenga el sol y alargue el dia, para que se acaben de confesar los enfermos. Bien creo yo que los que en este trabajo se ejercitaren y perseveraron fielmente que es género de martirio, y delante de Dios muy acepto servicio, porque son estos como los ángeles que señalan con el tao á los gimientes y dolientes, que otra cosa es batizar, desposar, confesar, sino señalar siervos de Dios para que no sean heridos del ángel percuciente, y los ansí señalados trabajen de los defender y guardar de los enemigos que no los consuman y acaben. Tiempo fué, y algunos años duró, que los que de oficio debieran defender y conservar los indios los trataban de tal manera que entraban buenas manadas de esclavos en Méjico, hechos como Dios sabe, y los tributos de los indios no pequeños, y las obras que sobre todo esto les cargaron encima no pocas y los materiales á su costa, iba la cosa de tal manera como quien se come una manzana, se iban á tragar los indios; pero el pastor dellos al que principalmente pertenecia de oficio, que fué el primer obispo de Méjico don fray Juan de Zumarraga, y aquellos de quien á el presente halló que son escorias y heces del mundo, opusiéronse de tal manera para que no tragasen la manzana, sin las mondaduras, y ansí les amargaron las cortezas que no se tragaron ni acabaron los indios, porque Dios que tiene á muchos destos indios, y á muchos de sus hijos y nietos predestinados para su gloria, lo remedió, y el emperador desque fué informado proveyó de tales personas que desde entónces les va á los indios de bien en mejor.

Bien son dignos de perpétua memoria los que tan buen

remedio pusieron á esta tierra. Estos fueron el obispo don Sebastian Ramirez, presidente de la Audiencia Real, el cual tuvo singular amor á estos indios, y los defendió y conservó sabiamente, y rigió la tierra en mucha paz con los buenos coadjutores que tuvo, los cuales no ménos gracias merecen, que fueron los oidores que con él fueron proveidos. De la cual audiencia habia bien que decir, y de como remediaron esta tierra, que la hallaron con la candela en la mano, que si mucho se tardaran bien la pudieran hacer la sepultura como á las otras islas. Mas es desto lo que siento, que lo que digo; yo creo que son dignos de gran corona delante del rey del cielo, y del de la tierra tambien, é para todo buen aprovechamiento, trujo Dios á el señor don Antonio de Mendoza, visorey y gobernador, que ha echado el sello, y en este oficio ha proseguido prudentemente y ha tenido y tiene grande amor á esta patria conservándola en todo buen regimiento de cristiandad y policía. Los oidores fueron el licenciado Juan de Salmeron, el licenciado Alonso Maldonado, el licenciado Zeinos, el licenciado Quiroga.

CAPITULO IV.

De la humildad que los fraires de San Francisco tuvieron en convertir á los indios, y de la paciencia que tuvieron en las adversidades.

Fué tanta la humildad y mansa conversacion que los frailes menores tuvieron en el tratamiento é inteligencia que con los indios tenian, que como algunas veces en los pueblos de los indios quisiesen entrar á poblar y hacer monesterios religiosos fraires de otras órdenes, iban los mesmos indios á rogar á el que estaba en lugar de Su Majestad que regia la tierra, que entónces era el señor obispo don Sebastian Ramirez, diciéndole que no les diesen otros frailes sino de los de San Francisco; porque los conocian y amaban y eran dellos amados. Y como el señor presidente les preguntase la causa por qué querian mas á aquellos que á otros, respondian los indios, porque estos andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamen-

te. Otras veces queriendo dejar algunos pueblos para que entrasen fraires de otras órdenes, venian los indios llorando á decir que si se iban y los dejaban que tambien ellos dejarian sus casas y se irian tras ellos, y de hecho lo hacian, y se iban tras los fraires. Esto yo lo ví por mis ojos; é por esta buena humildad que los fraires tenian con los indios, todos los señores de la Audiencia Real les tuvieron mucho miramiento, aunque al prencipio venian de Castilla indignados contra ellos, y con propósito de los reprehender y abatir, porque venian informados que los fraires con soberbia mandaban á los indios y se enseñoreaban dellos; pero despues que vieron lo contrario, tomáronles mucha aficion y conocieron haber sido pasion lo que en España de ellos se decia.

Algunos trataron y conversaron con personas que pudieran ser parte para les procurar obispados y no los admitieron, otros fueron elegidos en obispados, y venidas las elecciones las renunciaron humilmente escusándose, diciendo que no se hallaban suficientes ni dignos para tan alta dignidad. Aunque en esto hay diversos pareceres en si acertaron ó no en renunciar, porque para esta nueva tierra y entre esta humilde generacion convenia mucho que fueran los obispos como en la primitiva iglesia pobres é humildes, que no buscaran rentas sino ánimas, ni fuera menester llevar tras sí mas de su pontifical, y que los indios no vieran obispos regalados, vestidos de camisas delgadas, y dormir en sábanas y colchones, y vestirse de muelles vestiduras, porque los que tienen ánimas á su cargo han de imitar á Jesucristo en humildad é probeza y traer su cruz á cuestas, y desear morir en ella. Pero como renunciaron simplemente, é por se allegar á la humildad, creo que delante Dios no serán condenados. Una de las buenas cosas que los fraires tienen en esta tierra es la humildad, porque muchos de los españoles los humillan con injurias y murmuraciones, pues de parte de los indios no tienen de qué tomar vanagloria, porque ellos les eceden en penitencia y en menosprecio, y ansí cuando algun fraire de nuevo viene de Castilla que allá era tenido por muy penitente y que hacia raya á los otros, venido acá es como rio que entra en la mar, porque acá toda la comunidad vive estrechamente, é guarda todo lo que se puede guardar, y si mira á los indios verlos han

paupérrimamente vestidos y descalzos, las camas y moradas en extremo pobres, pues en la comida á el mas estrecho penitente esceden, de manera que no hallarán de qué tener vanagloria ninguna. Y si se siguen por razon muy ménos tendrán soberbia porque todas las cosas son de Dios, y el que afirma alguna cosa buena ser suya es blasfemia, porque es querer hacerse Dios. Pues luego locura es gloriarse el hombre de las cosas ajenas, pues para esperar y rescebir los bienes de gloria que por tiempo nos son prometidos, é para sufrir los males y adversidades que á cada paso se ofrecen á los que piadosa y justamente quieren vivir, paciencia necesaria es. Este sufre y lleva la carga de todas las tribulaciones y sufre los golpes de los enemigos sin ser herida el ánima, así como contra los bravos tiros de artillería ponen cosas muelles y blandas en que ejecuten su furia, bien así contra las tentaciones y tribulaciones del demonio, y del mundo, y de la carne, se debe poner la paciencia que con lo contrario nuestra ánima será presto turbada y rendida, desta manera ponian los fraires la paciencia por escudo contra las injurias de los españoles, y cuando ellos muy indignados decian que los fraires destruian la tierra en favorecer á los indios y que algun dia se levantarian los indios contra ellos, los fraires para mitigar su ira respondian con paciencia: "Si nosotros no defendiésemos los indios, ya vosotros no tendríades quien os sirviese; si nosotros los favorecemos es para conservallos, é para que tengais quien os sirva, y en defendellos y enseñalos á vosotros servimos, y nuestras conciencias descargamos, porque cuando dellos os encargastes fué con obligacion de enseñallos y no teneis otro cuidado sino que os sirvan y os den cuanto tienen y puedan haber. Pues ya que tienen poco ó no nada, si los acabásedes ¿quién os serviria? Y así muchos de los españoles, á lo ménos los nobles y los virtuosos, decian y dicen muchas veces, que si no fuera por los fraires de San Francisco la Nueva España fuera como las islas que ni hay indio á quien enseñar la ley de Dios, ni quien sirva á los españoles.

Los españoles tambien se quejaban y murmuraban diciendo mal de los fraires, porque mostraban querer mas á los indios que no á ellos, y que los reprehendian ásperamente, lo cual era causa que les faltasen muchos con sus

limosnas y les tuviesen una cierta manera de aborrecimiento. A esto respondian los fraires diciendo que siempre habian tenido á los españoles por domésticos de la fée, y que si alguno ó algunos dellos alguna vez tenian alguna nescesidad espiritual ó corporal mas ayna acudian á ellos que no á los indios; mas como los españoles en comparacion de los indios son muy pocos y saben bien buscar su remedio, así espiritual como corporal, mejor que los indios, que no tienen otros sino aquellos que han aprendido la lengua porque los principales y casi todos son de los fraires menores, hay razon que se vuelvan á remediar á los indios que son tantos y tan necesitados de remedio y aun con estos no pueden cumplir por ser tantos y es mucha razon que se haga ansí, pues no costaron ménos á Jesucristo las ánimas destos indios como las de los españoles y romanos, y la ley de Dios obliga á favorecer y á animar á estos que están con la leche de la fé en los labios, que no á los que la tienen ya tragada con la costumbre.

Por la defension de los indios y por les procurar algun tiempo en que pudiesen ser enseñados de la dotrina cristiana, é porque no los ocupasen en domingos ni en fiestas, é por les procurar moderacion en sus tributos, los cuales eran tan grandes que muchos pueblos no los pudiendo cumplir vendian á mercaderes renoveros, que solia haber entre ellos, los hijos de los pobres y las tierras, y como los tributos eran ordinarios y no bastase para ellos vender lo que tenian algunos pueblos, casi del todo se despoblaron, y otros se iban despoblando si no se pusiera remedio en moderar los tributos, lo cual fué causa que los españoles se indignasen tanto contra los fraires que estuvieron determinados de matar á algunos dellos que les parecia que por su causa perdian el interese que sacaban de los pobres indios, y estando por esta causa para dejar los fraires del todo la tierra y volverse á Castilla, Dios que socorre en las mayores tribulaciones y necesidades, no lo consintió, porque siendo la Católica Majestad del emperador don Cárlos informado de la verdad, procuró una bula del papa Paulo Tercio, para que de la Vieja España viniesen á esta tierra ciento y cincuenta fraires.

CAPITULO V.

De como fray Martin de Valencia procuró de pasar adelante á convertir nuevas gentes y no lo pudo hacer, y otros fraires despues lo hicieron.

Despues que el padre fray Martin de Valencia hubo predicado y enseñado con sus compañeros en Méjico y en las provincias comarcanas ocho años, quiso pasar adelante y entrar en la tierra de mas adentro haciendo su oficio de predicacion evangélica, y como en aquella sazon él fuese perlado, dejó en su lugar un comisario, y tomando consigo ocho compañeros se fué á Coatepec, puerto en la mar del Sur, que está de Méjico mas de cien leguas, para embarcarse allí para ir adelante, porque siempre tuvo opinion que en aquel paraje de la mar del Sur habia muchas gentes que estaban por descubrir, y para efectuar este viaje don Hernando Cortés, marqués del Valle, le habia prometido de dalle navíos para que le pusiesen adonde tanto deseaba para que allí predicasen el evangelio y palabra de Dios, sin que precediese conquista de armas. Estuvo en el puerto de Coatepec esperando los navíos siete meses, para el cual tiempo habian quedado los maestros de dallos acabados, y para mejor cumplir su palabra el marqués en persona fué desde Cuavhnavac, que es un pueblo de su marquesado á do siempre reside, que está de Méjico once leguas. Fué á Tecoantepec á despachar y dar los navíos, y con toda la diligencia que él pudo poner no se acabaron, porque en esta tierra con mucha dificultad y costa y tiempo se echan los navíos á el agua. Pues viendo el siervo de Dios que los navíos le faltaban, dió la vuelta para Méjico dejando allí tres compañeros de los suyos para que acabados los navíos fuesen en ellos á descubrir.

En el tiempo que fray Martin de Valencia, que fueron siete meses los que estuvo en Coatepec, siempre él y sus compañeros trabajaron en enseñar y dotrinar á la gente de la tierra, sacándoles la dotrina cristiana en su lengua, que es de Zaputecas, y no solo á estos, pero en todas las lenguas y pueblos por do iban predicaban y batizaban. Entónces